

MORUENA ESTRÍNGANA

Tú eres lo que deseo

*La historia de un amor prohibido
cuya llama nunca se apagó*

booket

Moruená Estríngana

Tú eres lo que deseo

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de la cubierta: Shutterstock
Primera edición en Colección Booket: noviembre de 2017

Depósito legal: B. 22.621-2017
ISBN: 978-84-08-17749-4
Composición: Moelmo, SCP
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

BELL

Salgo de mi décima entrevista de trabajo muy desanimada. ¿Experiencia? Bueno, pues verás, acabé la universidad y me casé. Soy muy buena atendiendo mi casa y he sabido organizar muy bien a los trabajadores de mi hogar en mi tiempo como esposa mientras esperaba a mi marido aburrida como una ostra a que viniera del trabajo, pareciendo más un mueble que una persona que tiene vida propia.

Claro que esto nunca lo digo, me mirarían peor de lo que ya lo hacen, pues mientras yo me empleaba en ser perfecta para todos, el resto de las personas estudiaban y se formaban haciendo que mis estudios sean ahora escasos y mi experiencia, nula.

Pienso la de años que he perdido por nada.

No es que sea vieja, tengo veintiocho años, aún me queda toda la vida por delante y, teniendo en cuenta que los treinta de ahora son los nuevos veinte, estoy casi en la adolescencia... A quién quiero engañar, hay cientos

de chicas más jóvenes que yo que han terminado la carrera de Administración y tienen los conocimientos frescos. Y están deseosas de empezar y que las moldeen a su gusto.

Acabé la carrera con veintíun años; al ser del mes de noviembre he sido siempre de las pequeñas de mi curso. Tenía ganas de comerme el mundo. Sentía que era mi momento, incluso se me pasó por la cabeza irme a trabajar fuera, visualicé la posibilidad de alquilar un piso pequeño y decorarlo a mi gusto. Se lo dije a mis padres... y, sin saber cómo, había pasado de tener un montón de sueños emprendedores a aceptar casarme con mi novio desde el instituto y viviendo en la que hasta ese momento era mi casa, la de mis padres, con mi marido.

Ni tan siquiera pude tener la posibilidad de elegir otro lugar, de empezar de cero, de dejar mis raíces en un nuevo hogar.

Mis padres se compraron una casa más grande y nos regalaron la suya. «Todo un detallazo», dijo Jarrod, mi marido. O, mejor dicho, mi exmarido desde el momento en que lo vi poniéndome los cuernos.

Había pasado de tener sueños a tener que agachar la cabeza. Como siempre. Y el problema es que lo hacía sin darme cuenta. Era lo que se esperaba de mí. Hacía las cosas como me habían educado, sin ser consciente de cómo todo eso me oprimía el pecho como si de un corsé ajustado se tratara.

El problema es que Jarrod seguía estudiando: acabó la carrera e hizo un máster. Lo metieron a trabajar en una de las empresas de mi padre. Al ser su yerno, lo puso directamente como jefe de planta. Nunca estaba en casa y yo siempre estaba sola, bueno con mi «amiga» Crystal, que le encanta decir que es amiga mía desde niña, aun-

que es mayor que yo, simplemente porque nuestras madres son amigas.

Antes de darme cuenta estaba metida en el mundo de las amas de casa, pero no de las de ahora, que hacen lo que quieren e imponen sus reglas a los maridos. No, yo era como las de antes, como lo ha sido siempre mi madre, de las que hacen curso de cocina en casa de su madre para ser una buena esposa y aprenden de las amigas de su progenitora.

Hasta que llegó el momento bebés. Claro, con veintiocho años ya era para que tuviera por lo menos dos hijos, como todas mis vecinas. El problema es que no me veía teniendo un hijo de Jarrod y, como este tampoco me lo había planteado nunca, lo dejaba pasar.

Yo pensaba que estaba muy ocupado con el trabajo. Que el pobre tenía reuniones hasta altas horas de la noche. Que estaba tan agotado que ni siquiera tenía ganas de acostarse conmigo. Y yo tampoco, porque la verdad es que el sexo con él era soso y aburrido. Pensaba más en lo que haría después, cuando acabara, que en lo que estaba haciendo. Y aunque yo creía que era porque Jarrod era así, en verdad era porque ya se desfogaba con sus amantes y a mí me trataba como si hacer algo más que el misionero fuera corromper mi alma pura.

¡Ja! No lo soporto, es un cínico. Y yo estaba muy ciega.

Lo más triste de todo fue que cuando le conté a mis padres que quería el divorcio porque mi marido me engañaba, se pusieron del lado de Jarrod, me dijeron que era un hombre, que a veces esto pasaba y que había que mirar hacia otro lado y hacer como si nada.

Y sé que hubiera hecho lo que me decían, lo que querían que hiciera, lo que me imponían que hiciera sa-

biendo usar las palabras adecuadas para manipularme. Pero Jarrod me dijo que se tomaba un tiempo, que se había casado tan pronto que necesitaba vivir la vida como si fuera soltero. Eso sí, a ojos de todos está de viaje. Un viaje de negocios en una de las empresas de mi padre.

Mientras aceptaba que esa era mi nueva vida, me di cuenta de que estaba harta. De que una parte de mí se rebelaba ante lo de ser siempre perfecta. Y por eso me puse a buscar trabajo de lo mío. Donde no, no tengo experiencia alguna. Porque si me marchó lo pierdo todo. Y no tengo nada mío. Nada que, de irme, pudiera garantizarme un futuro... y ni siquiera encuentro trabajo.

Me siento vieja, como si estos siete años que han pasado desde que acabé la carrera hubieran sido un mundo. Con las nuevas tecnologías todo evoluciona tan rápido que, cuando te descuidas, hay cientos de personas nuevas más preparadas que tú para el mismo puesto, porque lo que estudiaste se ha quedado obsoleto en pocos años.

Me siento en un banco junto al pequeño parque que hay cerca de las oficinas donde he realizado la entrevista y observo el movimiento de la gente aquí, en la ciudad. Parece que hay un mundo entre el complejo de casas donde vivo y el centro urbano. Aquí era donde yo quería vivir. Quería ser libre. Y lo haría encantada, pero eso defraudaría a mis padres, me congelarían las cuentas y sé que me harían la vida imposible hasta que regresara a casa. Y no sé si estoy preparada emocionalmente para sus manipulaciones, ni para que me dejen

de hablar y perder a la única familia que tengo. Si me voy no tendría nada ni a nadie, y no es fácil dar un paso que te lleva a un abismo incierto donde no sabes si caerás entre algodones o estarás cavando tu propia fosa.

Veo pasar a una chica de mi edad y cómo se alza para besar a su novio, o tal vez a su conquista de esta noche. Le mete algo en el bolsillo de la chaqueta y este lo saca y se ve la puntilla de lo que parecen unas braguitas. La chica le sonríe y lo besa antes de irse, y sé que es el principio de lo que tendrán luego.

Noto calor por la pasión que desprende la pareja, y también envidia. Nunca he experimentado nada ni remotamente parecido. Jarrod parecía un mueble en la cama hasta que lo vi en plena acción con su secretaria y me pareció estar viendo a otra persona. Claro, que luego lo explicó; me dijo que solo era sexo, que a mí me hacía el amor. Como si hacer el amor tuviera que ser aburrido y soso, y el sexo morboso se quedara reservado para los amantes.

Me siento muy vieja a pesar de mi corta edad. Y lo peor es que sé que, si Jarrod regresa, aceptaré sus excusas y todo seguirá como siempre, o tal vez no, yo me hundiré poco a poco, porque eso es lo que se espera de mí. Sonreír y hacer creer a todo el mundo que eres dulce y perfecta, que no tienes deseos de ser nada más que esposa y madre, cuando los niños lleguen.

Odio tener tanto miedo a romper con todo. Si no lo hago es porque no quiero perder a mis padres. Sé que me darían de lado, que me repudiarían, y al fin y al cabo son mis padres, y desde niña he tratado de hacerles felices, más incluso porque son muy mayores.

Yo llegué a sus vidas cuando mi madre pasaba los cuarenta y cinco. Les costó tener un hijo y, tras mu-

chos años de tratamiento, llegué yo. Así que desde que nací fui la niña de la casa y alguien a quien moldear. Mi madre llevaba tantos años soñando con tener una hija que siguiera todos sus pasos que puso un gran empeño en eso. A veces, al mirarme, me cuesta diferenciar dónde empiezo yo y dónde termina mi madre.

Me levanto y decido saltarme la dieta y el contar calorías. Me meto en una cafetería y me pido un *muffin* de chocolate y un café con leche. Lo disfruto. Lo saboreo y me cuesta no gemir por el placer que me producen los trocitos de chocolate deshaciéndose en mi boca. Me encanta, es mi placer prohibido. El único que me permito tener y que escondo a los ojos de todos.

Salgo de la cafetería y camino hacia donde he aparcado mi Mercedes plateado.

Estoy llegando cuando paso por el escaparate de una tienda erótica. Ahora, con todo esto de la novela romántica erótica, se han puesto más de moda. Antes, las mujeres teníamos que leer a escondidas esos libros por miedo al qué dirán, por esas portadas sugerentes; y ahora, como son éxitos de ventas, los leen hasta los hombres. Cómo ha cambiado todo.

Eran tantas las sugerencias de leer novela erótica y las recomendaciones que me atreví a probar y compré una.

Me vi a mí misma muy mojjigata cuando estaba en la cama con mi marido. Me vi deseando más, y así se lo mencioné, como de pasada, temerosa de su reacción. Solo le dije que podíamos probar algo diferente, algo distinto al misionero. Visto así, y después de todo lo que he leído, algo diferente hubiera sido simplemente que pensara en mi placer, y no solo en el suyo.

Hace años que ni siquiera me ve desnuda del todo, que mi cuerpo esconde secretos a sus ojos que no ha

tenido tiempo de descubrir. Muchos desde que mató la sexualidad en mí, porque yo pensaba que no había nada más que eso, que el placer de la mujer era cosa de los libros.

Recuerdo su mirada de horror y cómo me llamó «guarra». Me hizo sentir una persona horrible por querer probar con mi marido algo diferente, por tener curiosidad ante el sexo. Fue a mi mesilla a por mis libros y los tiró por la ventana, alegando que tantas lecturas de mujeres salidas estaban estropeando mi mente pura.

Me sentí un poco como me decía, sí, como si no pudiera desear sentir el cosquilleo que experimentaba cuando leía y me ponía en la piel de la protagonista, cuando la autora traspasaba las letras y yo sentía algo más que monotonía.

Dejé de leer ese tipo de novelas y me centré en las de siempre, hasta que lo pillé con su secretaria y me compré todas las que me había vetado. Al verlo con ella, vi pasión y placer prohibido, algo que a mí no se me había permitido, por miedo a que dejara de parecer una señora de los pies a la cabeza. Y todo por culpa de las dichas etiquetas.

Un hombre puede tener un montón de mujeres antes de sentar la cabeza, pero a una mujer, si hace esto mismo, se le cuelga el cartel de facilona, y mejor no acercarse a ella si quieres formar una familia. ¡Como si las mujeres no pudieran hacer lo mismo que los hombres! Y lo más triste de todo es que la mayoría de las personas que cuelgan esos dichos carteles son las mismas que hablan de la igualdad de sexos. Como mis amigas, que se jactan de decir que la mujer es igual que el hombre y, a la primera de cambio, si se enteran de que alguna ha estado con más de un tío en un mes, o incluso

en un año, le ponen la etiqueta de guarra y se quedan tan anchas. Eso sí, luego se les llena la boca reivindicando algo que, hasta que nosotras mismas no hagamos y dejemos de tirarnos piedras sobre nuestro propio tejado, no se logrará.

Miro la tienda y, como otras veces me ha pasado, miro los consoladores. Nunca me he dado placer a mí misma. Es como si no estuviera bien, porque al hacerlo veo la cara de mi madre diciéndome que qué estoy haciendo; y eso no es muy erótico, la verdad. Me da miedo defraudar a las personas que quiero si se enteran de que tengo estos deseos.

Mientras los observo me veo deseando experimentar, poder quitarme los prejuicios, algo que sé que hoy no haré.

Me marchó, temiendo entrar y que me miren de manera desaprobatoria, como mi marido, que alguien me vea salir y les vaya con el cuento a mis padres; y sobre todo temiendo no poder seguir adelante con lo que me compré. Me da tanto miedo el qué dirán que acabo por apretar yo misma las cuerdas de mi corsé.

Me siento mal simplemente por haber pensado en comprarlo. Y entro en mi coche afectada por la entrevista de trabajo y por ser tan tonta.

Llego a mi casa en el complejo de lujo privado, un lugar de casas desiguales de dos a tres plantas donde vive la gente acomodada de la ciudad a las afueras. Como es de esperar, el recinto está vallado para que nadie pueda colarse, y aunque las casas son diferentes, se nota el lujo en cada ladrillo. Nadie puede entrar sin permiso. Ni sin llave, por supuesto.

He vivido aquí desde niña, por eso no me sorprenden las preciosas casas de mis vecinos, ni el club social.

Ni tampoco la playa privada. Nada aquí llama mi atención. Ni tampoco mi casa, que es de las primeras, al lado de la del encargado de mantenimiento. Al ser tan grande el recinto, suele haber bastantes problemas que solucionar, así que al jefe le permiten tener casa. Eso sí, la casa, aunque es preciosa, desentona con el resto, como si quisieran dejar claro que es de un trabajador y no de un gran emprendedor... Odio esto. Y más teniendo en cuenta que en ella vivía mi amigo Kennan, el hijo del actual jefe de mantenimiento. Lleva toda la vida en el puesto. Hasta que Kennan se fue, con dieciséis años, se ocupaba del cuidado de su hijo él solo y del mantenimiento de todo el complejo; y me consta que mis vecinos suelen ser bastante irrespetuosos con las horas de descanso de Jeff. Por lo que sé de la madre de Kennan, lo abandonó sin mirar atrás, y Jeff se hizo cargo de su hijo como un padre ejemplar. Siempre he envidiado el trato que le daba a su hijo. Mis padres nunca me han tratado así.

Cuando era pequeña y me colaba en su casa para estar con Kennan, me encantaba quedarme allí con los dos y disfrutar de tardes en familia, viendo películas con ellos, rodeados de dulces y palomitas, o jugando a juegos de mesa. Era algo que nunca hacía en mi casa. Y algo tan cotidiano y simple me hacía tremendamente feliz. Lo echo de menos.

Desde que Kennan se fue, no he vuelto a colarme en la casa de Jeff, pero siempre tiene para mí una palabra amable cuando nadie lo ve, claro; mi madre no quiere que nadie sepa que su hija es amiga de los empleados.

Paso por la puerta y veo su casa cerrada, lleva así varios días. Las malas lenguas dicen que se ha puesto enfermo. Yo creo que se ha tomado unas vacaciones,

y bien merecidas serían. A sus apenas cincuenta y dos años, casi siempre lo he visto trabajando. Se ha tomado pocos días libres.

Aparco mi coche en el garaje, subo a mi casa y enseguida oigo el timbre de la puerta. Tomo aire, no tengo ganas de ver a nadie. Voy hacia ella. Desde que vivo sola pedí que no hubiera nadie trabajando en mi casa, aunque mi madre me manda a sus trabajadoras varias veces por semana para cotillear qué es de mi vida..., como hoy, pienso, al ver tras la mirilla a Nana. Mi madre la manda a mi casa cuando quiere chismes, ignorando que le digo siempre que no necesito a nadie en mi casa limpiando lo que yo puedo limpiar sola. Abro y entra sin dejarme tiempo para negarme; va hacia el cuarto de limpieza.

—Hola, Nana —le digo siguiéndola—. No hace falta que limpies nada, es limpiar sobre limpio.

Sonrío y trago la rabia porque mis palabras no tengan nunca validez y no comprendan que no quiero a nadie cerca de mis cosas. Por suerte cambié la cerradura y nadie tiene copia salvo yo. Si quieren que represente el papel de amantísima esposa esperando a que regrese su marido, es lo menos que me merezco.

—Su madre estaba preocupada por el estado de la casa. Usted sola no puede con la limpieza de la vivienda.

—Si tú eres capaz, yo también. Tengo dos manos y lo que no haga hoy lo puedo hacer mañana —le digo con una sonrisa—. Si quieres, puedes irte. Ya sigo yo.

Trato de cogerle la aspiradora, que ya tiene entre las manos, y se aparta.

—Me paga por trabajar. Usted vaya a darse un baño de sales, le relajará. —Asiento, pero no pienso ir a darme un baño—. ¿Qué tal ha ido la entrevista? Su madre

está preocupada por usted. Y yo también, ¿para qué quiere trabajar? Lo que le da su marido es suficiente para pagar sus caprichos.

—Para mí no lo es. —Y dejo la conversación aquí.

Está claro que mi madre envía a Nana para saber de mi entrevista. No soportan que esté buscando trabajo. Subo a mi cuarto y me encierro en él. Mi cuarto antes era el de mis padres. Lo he arreglado a mi gusto..., bueno, mejor dicho, mi madre lo arregló como quiso y me dijo que era un regalo de boda.

Me quito la ropa y la dejo tirada por el cuarto como si mi rebeldía pudiera aplacar mi rabia. Me paseo por el cuarto en ropa interior hasta que reparo en que la cortina está abierta y me han podido ver.

Voy hacia ella para cerrarla y miro hacia el que era el cuarto de Kennan. Desde mi habitación y la de mis padres solo él podría verme en ropa interior. Y dado que ya no vive aquí, nadie me habrá visto así.

Me pongo ropa cómoda y mi mente recuerda a ese joven rubio de ojos verdeazulados y sonrisa arrebatadora. Ya desde bien pequeño conseguía parar el corazón de toda mujer a la que sonriera. Su belleza era su mejor arma, la usaba cuando quería para lograr atenciones y yo me reía porque lo tuviera tan fácil con solo sonreír. Conmigo nunca usó su encanto. Yo era su amiga. Conmigo era él mismo, al igual que yo.

Nos separan dos años, y aunque íbamos al mismo colegio y al mismo instituto, solo éramos amigos aquí en su casa, donde nadie podía vernos.

Ambos teníamos muy claro cuál era nuestro sitio; y yo no quería hacer nada que me obligara a dejar de verlo. Mi madre no se metía en mi amistad con Kennan siempre que nadie supiera que me colaba en su patio.

Todo estaba bien si de puertas para fuera hacía como que no lo conocía de nada.

Nos hicimos amigos. Y aunque en el colegio y el instituto se suponía que no lo éramos, siempre teníamos una mirada cómplice para el otro; a mí me encantaba. Sin darme cuenta me fui enamorando como una tonta de él. Cualquier acción que antes solo pasaba por ser la de un amigo, ahora yo la analizaba cientos de veces a ver si significaba que yo le gustaba. Nunca había nada, y cuando mis padres me hicieron empezar a salir con Jarrod, una parte de mí aceptó para ver si Kennan me decía que a él también le gustaba, pero solo me dio la enhorabuena y me dijo que Jarrod era un buen chico, ya que eran compañeros de clase y hasta parecían amigos, aunque Jarrod sabía marcar las distancias cuando le interesaba.

Me alejé de él y un día se fue para no volver, sin decirme adiós. Le habían hecho una oferta como modelo y se fue a aprender la profesión. Su padre iba a verlo siempre lejos de aquí y luego, al regresar, hablaba de lo orgulloso que estaba de su hijo. Hasta que, cuando Kennan tenía veinticuatro años, Jeff me dejó de contar cosas sobre la vida de su hijo como modelo, y cuando le preguntaba, me decía que eso había quedado atrás y por su mirada no pasaba el mismo orgullo e ilusión que hacía unos años, más bien parecía haber un profundo dolor.

Siempre pensé que pasó algo entre los dos. Tal vez alguna desavenencia entre padre e hijo, lo que me extrañaba, ya que Kennan adoraba a su padre; pero desde entonces Jeff ya no es el mismo. Como si algo empañara su mirada.

Desde ese momento dejé de preguntarle por su hijo, porque, cada vez que lo hacía, el dolor en sus ojos me

inquietaba; me decía que todo estaba bien sin ahondar en nada más.

Dejo de mirar el cuarto de Kennan y cojo mi portátil para ponerme en la cama. Ayer acabé un libro que me encantó y lo voy a reseñar. Nadie sabe que tengo un blog, es mi lugar secreto, mi espacio para hablar de lo que me agrada y apoyar así la literatura. Solo reseño libros que me han cautivado, pienso que, si te gusta un libro y lo reseñas, la gente, según tu opinión, decidirá si quiere o no leer el libro; pero si reseñas un libro y haces una crítica destructiva, la gente tiende a pensar que es malo y a dudar de si gastarse su dinero en él o no. Esto lo sé porque me lo dijo una autora.

Mi primera reseña no fue mala, pero tampoco muy buena, y cuando la autora la leyó me escribió para decirme que sentía que no le gustara su libro y me comentó que esperaba que las críticas negativas no afectaran a la venta. Luego investigué, vi que era su primer libro y entendí su miedo. Yo he vivido desde niña sujeta a las críticas, al qué dirán. Por eso lo borré y le dije que esperaría a leerme el siguiente y ver su evolución. Me lo leí en cuanto salió y se notaba el cambio que había dado. Y así lo puse en la reseña.

Todo libro tiene su parte bonita y lo que a ti no te gusta a otros les puede encantar.

Termino de reseñar y lo subo. Estoy pensando en ponerme a leer cuando oigo la voz de Crystal hablando con Nana. Cierro el ordenador, no quiero que se meta más de la cuenta en mi vida. Me levanto de la cama y hago como si recojo. No está bien visto gandulear en la cama, eso dice mi madre. Además, Crystal es una bocazas, dice que es mi amiga y a la primera de cambio va contando todo lo que descubre sobre mí.

—¡Hola, querida! —Se acerca y me da dos besos—. ¿Qué hacías?

Observa el cuarto con ojo crítico y me pregunto si la ha mandado mi madre.

—Recogiendo un poco —miento, y parece que se lo traga, al ver mi ropa tirada y cómo la recojo, porque sonrío y se olvida de ser una maruja que está deseando descubrir qué trapos sucios escondo. Lo odio.

—Vamos a tomar un vino de esos que guarda tu marido. Tengo un notición que bien merece el trago.

La sigo, o más bien me dejo llevar. Me arrastra hacia donde Jarrod guarda las botellas y abro la que sé que le gusta a Crystal. Nos sirvo una copa a cada una y nos vamos al salón a tomarla ante la atenta mirada de Nana, que piensa que no me doy cuenta de que está con la oreja puesta. Que a Crystal no le importe este hecho me hace ser conocedora de que lo que sea que va a contarme es de nuestro nivel social.

—Sabrás que Jeff lleva unos días desaparecido. —Asiento—. Es un impresentable, con todo lo que hemos hecho por él... ¡Si hasta el techo que tiene sobre su cabeza está pagado por nosotros!

—Creo que es un gran trabajador y se merece más de lo que tiene por aguantar el tener que trabajar en horas fuera de su jornada de trabajo.

—Sí, lo que tú digas. Es un vago, a mí nunca me atiende bien.

Me da rabia que hable mal de Jeff, con ese desprecio..., el problema es que siempre lo defiende y Crystal nunca me escucha. Al final la tengo que dejar por imposible, porque si no empieza a decir más y más cosas en contra de Jeff.

—¿Y qué es eso tan interesante que me querías contar?

—Que Jeff se ha cogido un año de excedencia. ¿Y sabes quién lo está sustituyendo?

—No, no tengo ni idea.

—Su hijo, Kennan.

Me cuesta mucho mostrarme impasible, me cuesta horrores no hacer gesto alguno cuando la mención de la vuelta de Kennan ha alterado todos mis sentidos, pero tengo dos pares de ojos pendientes de mi reacción, por eso no muevo ni un músculo y tomo un poco de vino como si nada.

—¿Y esa es la buena noticia? —le digo para parecer totalmente indiferente.

—¡Es un notición! Nana, vete de aquí —le dice haciendo aspavientos con las manos, aquí viene lo que me va a contar que no quiere que sepa nadie—. Y es el tío más follable que he visto en mucho tiempo. Tal vez desde que me lo tiré, antes de que se fuera. —Se ríe y, aunque no quiero saberlo otra vez, me duele. Me muestro impasible.

Crystal siempre me cuenta estas cosas. Sabe que yo no soy como ella, que yo no digo nada. Por eso sé que, mientras su pobre marido está de viaje, ella se acuesta con quien le da la gana, y lo sabe todo el mundo menos él. Me parece lamentable que haga eso. No la soporto, y lo más triste es que ella se cree que somos íntimas amigas, cuando nunca me deja hablar, cuando nunca me pregunta por mis cosas. Cuando esta es una relación unilateral donde solo importa ella.

Asiento y no digo nada. Tampoco espero que ella lo diga.

—Cuando lo he visto creía que me moría por combustión espontánea. Ya sabía que estaba cerca y se estaba haciendo cargo de los de mantenimiento como jefe

que es ahora de ellos, pero te juro que al mirarlo no daba crédito a lo mucho que ha cambiado en estos más de catorce años. —Termina su copa y se levanta—. Me voy, tengo que hacer inventario de todo lo que necesita una reparación en mi casa.

Se marcha y al poco lo hace Nana; al fin estoy sola. Cierro con llave, cosa que nadie hace, pero yo lo necesito, quiero mi intimidad. No quiero que nadie entre si yo no quiero.

Salgo al patio y voy hacia las dos tablas de la valla que, al alzarse, comunican con la casa de Kennan, esas que nunca han sido reparadas, que no tienen colocados los tornillos inferiores y que se sujetan por unas bisagras que facilitan mi tarea de colarme al otro lado. Al subir las, me invitan a pasar a un territorio que no he explorado desde hace más de catorce años.

Kennan ha vuelto y, desde que lo he sabido, no he dejado de sentir que algo se removía en mi interior. A su lado siempre me sentí viva, a su lado siempre me sentí liberada.

¿Habrá cambiado esto con los años?